

y helos, a los dos, después, a la luz
de la zarzaparrilla,
enteramente, al punto, de novia...
Y henos a nosotros preguntándonos si
no viene de luciérnagas, también, la poesía, cuando la
oscuridad
nos va ciñendo, igualmente, el nudo
del llanto...
y si en la "transmutación", acaso, a nuestra alma no le
baja o le revela
lo que la asiste
desde el éter o de ella misma,
y que le redescubre, ojeándole, aún, espectralmente,
las proximidades del
hechizo
en la ronda que emite:
que le redescubre
las huellas de su "compromiso" con el ser
que no tiene límites
pero que la incluye al definirse a su nivel y espera "aquí",
junto a su portillo
a que ella
de espaldas a las sirenas,
ocurra a darle el brazo, en seguida,
para asumir esos silencios siempre por cerrar, ay, sobre sí,
el de debajo la onda...
y ello antes del salto, está dicho...
hasta que, bajo un sereno de pestañas, empiecen a sentir
que como a los cardos, desde la
raíz
del azul,
les sube el amanecer...
y hasta que en éste los timbres, contrapuntísticamente, les
deslían
el del infinito mismo,
y les mojen la inmigración, todavía,
de unas vidalitas...
en el retorno a la voz de los encuentros en la orilla
del tiempo, de los hijos
del tiempo, que el tiempo, furtivamente, le libra...
pero de todos los hijos...
y de todo, en fin...